HOMENAJE A ALFREDO HERMENEGILDO

En 1987, durante la celebración del VII Simposio sobre Teatro Español del Siglo de Oro realizado en El Paso, Texas, conocí personalmente a don Alfredo. Años atrás había leído algunas de sus publicaciones y había oído hablar de tan insigne investigador de la dramaturgia española de los siglos XVI y XVII. Los comentarios eran todos laudatorios, sin embargo en mi conciencia se había fijado la idea de que era un hombre algo rudo —un tanto gruñón— y difícil. Mi temor fue aún mayor cuando vi su figura, pues un hombre alto y corpulento con su "cazadora" de cuero negro, daba miedo hasta al ser más valiente de la tierra; luego, la impostura de su voz me pareció, debo confesarlo, cavernosa. Así que cuando al lado de Mario Trubiano, Susana Hernández Araico, Arturo Pérez Pisonero, entre los que recuerdo, asistió a escuchar mi primer ponencia en un simposium de su especialidad, no sabía si reír o llorar por tan mala fortuna. Aunado a ello, uno de sus comentarios de conclusión sobre el evento se refería a que había que seleccionar mejor a los ponentes.

Por azares del destino una tarde de esas, antes de irnos al teatro, don Alfredo se dirigió a mí con una amplia sonrisa y en términos tan cordiales que nos llevaron a un diálogo sobre la poesía, y sin vacilarlo un momento, le regalé algunos poemas míos sobre Juana la Loca. Su reacción tan afectiva, su invitación a que siguiera participando, la posterior publicación de mi estudio, empezaron a modificar mi concepción sobre tan misterioso personaje. Sin que transcurriera mucho tiempo, pude intuir algo que después, con el correr de los años, todos hemos ido comprobando: Alfredo Hermenegildo es un hombre cariñoso, solidario y profundamente leal a los amigos y a las causas en las que cree. Por ello, cuando confundimos una simple indigestión —por comer carne a la tampiqueña con frijoles, rajas y enchiladas, y un abundante postre de crepas de cajeta, aunado a varias copas de vino— con un infarto, nos puso en jaque a todos sus amigos. Aquella palidez, su incomodidad cardiaca (confundida con el estómago), la angustia de Merche, no nos dejaron ir a escuchar mariachis esa noche. No obstante, año con año a pesar de "infartos estomacales", torceduras, fantasmas infantiles debajo del presidium,

inclemencias del tiempo y demás, la presencia de Alfredo y su inseparable Merche, se ha vuelto ya parte imprescindible del paisaje aitensense y de los corazones de sus amigos y colegas.

Entrañable amigo, gourmet excepcional, investigador de alto nivel, Alfredo Hermenegildo nació en Burgos el 4 de septiembre de 1936. Se doctoró en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid en 1960, ha recibido diversos reconocimientos por su licenciatura y el doctorado, se hizo acreedor al Premio Nacional de Investigación "Antonio de Nebrija 1961", la Asociación Canadiense de Hispanistas le ha premiado un artículo y un libro, asimismo recibió el Prix d'excellence en enseignement 1991-1992 de la Facultad de Artes y Ciencias de la Universidad de Montreal. Ha ocupado algunos puestos administrativo-académicos en Montreal y en Quebec. Es miembro del consejo de asesores de diversas revistas y publicaciones internacionales como *Segismundo, Revista Hispánica de Teatro* (Madrid), *Letras* (Buenos Aires), *Cuadernos de Teatro Clásico* (Madrid), *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* (Ottawa), *Colección Conmemorativa del Quinto Centenario del Encuentro de Dos Mundos* (Universidad Autónoma de Ciudad Juárez), *Society of Spanish and Spanish-American Studies* (Boulder, Colorado), *Ibérica* (Peter Lang), entre otras. Ha publicado cerca de una veintena de libros, entre los que destacan: *Burgos en el Romancero y en el teatro español de los Siglos de Oro; Los trágicos españoles del siglo XVI; La tragedia en el Renacimiento español; Teatro español del siglo XVI. Lucas Fernández, Torres Naharro, Gil Vicente, Cervantes; Juegos dramáticos de la locura festiva. Pastores, simples, bobos y graciosos del teatro clásico español; El teatro de Calderón de la Barca*. Ha realizado diversas ediciones críticas de obras de Lucas Fernández, Lope de Rueda, Gabriel Lobo Lasso de la Vega, Lope de Vega, y Cervantes. Ha escrito cerca de un centenar de artículos en revistas internacionales especializadas.

EN MARZO DE 1969 ALFREDO HERMENEGILDO SE SALTÓ UN SEMÁFORO EN ROJO

La noche del 25 al 26 de marzo de 1969 no fue, en absoluto, como las muchas hasta entonces transcurridas ni las que vinieron después y todavía vendrán.[1] Y digo esto no porque cada noche, como cada día, es única[2] y, por lo tanto,

[1] Como sucede en el teatro, donde, ya se sabe, cada representación es única e irrepetible, a diferencia del cine...

[2] La bibliografía sobre la noche en la literatura es amplísima. Remitimos, sobre todo, a los estudios en todas las lenguas cultas, especialmente dedicados a la noche y la literatura romántica.

diferente a todas las demás, sino porque esa noche nació mi primer hijo... Bueno, y también porque allá por la frontera[3] que marcó el final del 25 y el comienzo del 26 un respetable ciudadano de Montreal, Canadá,[4] llamado Alfredo Hermenegildo, natural de Burgos y, no lo olvidemos, esposo y compañero (él sabe muy bien por qué escribo "compañero")[5] de Mercedes Lacalle, un muy respetable feligrés de la parroquia de Saint Pascal fue acusado por la policía montrealense de haber burlado la ley al saltarse un semáforo en rojo,[6] allá en el cruce de las calles Decelles y Côte St. Catherine. La razón, sin embargo, no fue una actitud de continua falta de respeto e incivilidad del "faltón" (es decir, el que incurre en una falta),[7] ni mucho menos un acto de descaro y desafío a las leyes municipales del entonces alcalde de la ciudad, Mr. Drapeau.[8] La razón de aquel acto, cierto que objetivamente culposo, había sido loable y bien intencionada: las contracciones preparto de la madre de Enrique y esposa del que esto escribe y suscribe estaban, cuando sucedieron los hechos, en ese límite[9] en que o bien el *nasciturus* venía al mundo como estaba previsto —bajo techo y en el hospital judío[10] próximo—, o bien la inmaculada, silente, hermosa, etcétera, pero muy jodía nieve cubría con su manto[11] el Chevy Nova[12] del profesor Hermenegildo, lo cual puede ser un

[3] ¿Existe realmente un momento, instante, medida de tiempo, que marque esa frontera?... Pregunta esta, como otras muchas tan elementales, que indica lo poco que sabemos y, en consecuencia, cuán inmensa es nuestra soberbia.

[4] Precisamos el país, porque, aunque la residencia del protagonista de esta historia es harto conocida para muchos, algunos lectores puede haber que la desconozcan, y con el nombre de Montreal existen varios otros lugares habitados en el mundo.

[5] Quien no lo sepa va a tener muy duro poder enterarse, pues las pruebas se destruyeron hace muchos años en Madrid, habiendo desaparecido también los siempre presuntos jueces y fiscales del caso.

[6] Bien es cierto, y soy testigo de ello, que antes de cometer la infracción, miró al frente, a su izquierda y a su derecha para evitar cualquier accidente. Lamentablemente, el profesor Hermenegildo no miró hacia atrás, y allí estaba el coche policial.

[7] *Vid.* ahora, para ésta y otras acepciones, la edición del *Diccionario de la Real Academia* en CD-ROM (cuatro veces más cara que en papel, pero más "in").

[8] De él se cuenta que, después de organizar en Montreal la Exposición Universal en 1967 y poco después los Juegos Olímpicos, afirmó: "Sólo me falta traer al Papa y organizar un Congreso Eucarístico Internacional". Efectivamente, no faltó mucho tiempo sin lograr sus propósitos.

[9] *Vid.* n. 3, cuya pregunta y consecuente, aunque angustiosa afirmación, son aplicables aquí.

[10] Podía haber sido católico, que hay más en Montreal, pero el ginecólogo del Seguro Médico trabajaba allí y además era el hospital más cercano a casa.

[11] Nótense los muy apropiados calificativos empleados para calificar a la nieve, y la tópica pero hermosa imagen que precede a esta nota.

[12] No puedo ofrecer la identificación de las placas del coche, pues en aquella época te daban el "coñazo" cambiando de placas todos los años.

motivo muy poético para una canción de Gilles Vignault o un poema de Robert Frost, pero es, insisto en el término, muy jodío para dar la bienvenida a un recién nacido... Alfredo Hermenegildo, que después apadrinaría a Enrique y no por premiar el acto heroico que estamos relatando, había hecho lo que en ese momento había que hacer: un corte de mangas al semáforo.[13] Y hasta tal punto fue así reconocido por la autoridad municipal antes citada que, anticipándose a Mad Max, el profesor Hermenegildo llegó al hospital judío de Montreal precedido precisamente por aquellos agentes del orden, los cuales, haciendo sonar las sirenas de su vehículo y lanzando a la helada noche los intermitentes destellos de sus luces,[14] allanaron el camino para que el futuro (la verdad es que ya casi presente) Enrique pudiera saber lo que es esta (insisto, y que se me disculpe —¡ay!— la didascalia) jodía pero también hermosa vida.

Luciano García Lorenzo

Nota de A. Robert Lauer sobre Alfredo Hermenegildo con motivo de su homenaje

Alfredo Hermenegildo es simplemente una de las personas a quien más estimo, admiro y respeto. Siempre me ha asombrado oír de varios colegas y amigos que la primera reacción que tuvieron de Alfredo al conocerlo fue de leve temor.

Ese leve temor desaparece dentro de veinte minutos, después de haber charlado con él, o después de haber presentado una ponencia ante un público del cual Alfredo forma parte. Siempre amable, afable y generoso, Alfredo hace el comentario apropiado que nos deja saber que sí, ha oído la ponencia detalladamente, y posiblemente no salió tan mal, pues Alfredo se ha dignado no sólo a escucharla sino a comentarla.

Pero ése es sólo el Alfredo Hermenegildo de las ponencias. Los que lo conocemos mejor conocemos al Alfredo del contrapunto, por no decir otra cosa, al Alfredo poeta, al Alfredo de Merche, al Alfredo de la chaqueta de cuero, al Alfredo leal a una organización, la AITENSO, en la cual cree

[13] Prueba esta, una vez más, del admirable equilibrio del protagonista entre la decisión y la prudencia; entre el controlado apasionamiento y la reflexión responsable; entre el ser y el deber ser.

[14] Obsérvese el ritmo musical logrado con estas últimas frases del discurso.

profundamente, al infatigable Alfredo que siempre encuentra tiempo para leer ese manuscrito o esa traducción que algún colega le pide que lea y comente, por favor, lo más pronto posible, si es que puede, y siempre puede.

Si pudiera escoger un momento especial, sería uno que es tan sencillo que casi no vale la pena mencionar. Al llegar al hotel que hospedaría a los asistentes al Simposio sobre América y el Teatro del Siglo de Oro (México, 1991), organizado en parte por Pepe Amezcua y Arturo Pérez-Pisonero, Alfredo me miró, sonrió y dijo, a punto de salir del hotel: "Sabía que vendrías". Me alegró que me lo hubiera dicho. Pero yo no sabía si iba a asistir o no. En efecto, ha habido ocasiones en que he tenido que cambiar de planes a última hora. Desde entonces no lo he podido hacer. Y esas palabras para mí se transforman no sólo en un sabía que vendrías, sino en un sabía que lo harías, en un sabía que serías capaz de hacerlo. Palabras sencillas, dichas acaso de improviso, pero que han tenido un impacto muy duradero en mí.

Robert Lauer

MI VIDA CON ALFREDO

De la misma manera que sucede con las grandes personas (no con las personas grandes, aunque en este caso sí coincida) conocí mucho antes a Alfredo en la teoría que en la práctica. Como muchos estudiantes de literatura de mi generación, me inicié en el gusto por el teatro del Renacimiento gracias a su espléndido libro de Planeta. Imagíneme al autor como un señor mayor, grande dirían en México, muy grande, que lo sabe todo; serio, muy serio, algo así como un descendiente directo (de ahí su ciencia *quasi* infusa) del Hermenegildo de la tragedia de nuestro Seiscientos, que aunque suene mal, como su motor homónimo, sirvió para unos cuantos años. En mi pertinaz ingenuidad, creía que Alfredo era hijo (debía ser putativo, claro) del Santo varón protagonista de la *Tragedia de San Hermenegildo*. Craso error del que tuvo que sacarme, mire usted por dónde, el paisaje paseño, un históricamente conflictivo Chamizal, varios amigos comunes y la experiencia, que dicen que es madre de la ciencia.

El caso es que cuando me presentaron (creo que fue el Superintendente Smith, ahí es nada), cuando me presentaron, digo, a Alfredo me dije por lo bajini: "¡Es clavado a como me lo imaginaba! ¡Qué adusto gesto! ¡Qué carácter! ¡Qué seriedad de buen burgalés!". Debió ser Paco Ruiz Ramón quien nos

presentara espiritualmente. ¡Buen y no menos sabio maestro el caballero Rui, aunque no sea de Burgos, sino de Xátiva, tierra mucho más meridional y mora! Pues bien, Paco me había dicho en repetidas ocasiones: "¡Ya conocerás a Alfredo! ¡Verás qué bon vasallo, aunque no tenga buen señor!". Poco después descubrí que maldita la falta que le hacía, teniendo una no buena, sino excelentísima señora, que es un cúmulo de Mercedes recibidas imagino que del cielo. "¡Es clavado a como me lo imaginaba!". Me faltó añadir que en lo externo. En lo interno, esa petulancia de los poetas anónimos renacentistas, esa arrogancia del castellano bien hablado y mejor escrito, esa imagen que translucía sus escritos, se me vino abajo a las primeras de cambio. Es decir, cuando alguien vestido de verde nos invitó a unas cervezas que tuvimos que pagar a escote (antes decía a la catalana; desde entonces digo a la americana). Allí salió a relucir el humor, la frase precisa, la socarronería castellana, hasta un concepto de amistad que me abrumaba. Pasé con Alfredo quince días alejado él de sus fríos canadienses, yo de mi sequía mediterránea, en los que, mediante el más fácil, sincero y humano trasvase, iniciamos una relación que, como se decía en las bodas de antes (en las de ahora no sé) no la podrá quebrar ni la enfermedad ni la no sé qué... Porque mientras yo intentaba aportarle unos gramos de generosidad mora, Alfredo me dio toneladas de lealtad castellana. ¡Qué buenos ratos pasamos! ¡Cuántas comidas aislados de la vorágine del Festival Clásico, si no del polvo del desierto! ¡Qué de improvisaciones en los coloquios de las postrepresentaciones, tan de *commedia dell'arte* que parecían preparadas en las habitaciones del hotel! ¡Qué de risas con la ingenuidad del lugar, tan respetable y divertida!

Decía uno de los nuestros, que hay amigos de momentos, amigos de toda la vida y familia. Alfredo es mi familia. Como lo es Mercedes, como lo son sus hijas, aunque apenas las conozca, y como creo que son los míos para ellos. Gracias a Fernando de Rojas, Lope de Rueda, Juan del Encina, Lope de Vega, Calderón, Tirso, Sor Juana Inés de la Cruz, Ruiz de Alarcón, Rojas Zorrilla y Walker Reid, conocí a Alfredo Hermenegildo. Muy lejos de nuestras casas, que es donde se conoce a la gente de verdad. A partir de entonces, cerca; metidos en nuestros tejados, o rodando por Almagro, Elche, Montreal, Murcia, Campoamor...

Nadie nos podrá quitar nuestro gozoso sentir. ¡Ah, y espero que ni se le ocurra, y que sean años y años, siglos y siglos que a todos nos contemplen!

César Oliva

QUÉ AMIGO DE SUS AMIGOS

Si Don Alfredo quisiera
yo sería su escudero.
¡Qué entuertos no desficiera!

Mi relación con Alfredo va más allá de lo académico y de lo teatral: se remonta a aquello del "yo me acuerdo que una vez...", "cuando tenía diez años", "un día...", memorias enmarcadas en un mismo tiempo y por una misma geografía: "campos de tierra y tierra de campos", Castilla ha configurado una manera común de ver y sentir la vida y al ser humano; visión de la cual la literatura es sólo una pequeña parcela compartida. Castilla nos ha dado la rara gramática de la amistad y del respeto que ha ido enlazando el diálogo a través de los días y los años.

Es cierto que mi contacto académico con Alfredo no nace a la sombra del mirto o del laurel, ni al son del caramillo y la zampoña de sus pastores, sino sentados sobre el humilde chamizo fronterizo desde donde embobados contemplábamos, una noche, el ñaque que jocosamente porticaba el Festival de Teatro del Siglo de Oro. Fue allí, y entonces, cuando este descendiente de los antiguos obispos y abades casados de Salas de los Infantes me inició en el *ars venatoria* de la didascalia. Fue, lo recuerdo, después de uno de aquellos "favor de divertirse" con que nuestro verde anfitrión descorría la mágica cortina, cuando Alfredo me susurró al oído:

—¡Arturo, aviva el ojo y despierta! Ahí tienes una didascalia explícita, imperativa, oronda como huevo de prior. Bellota como ésa no se daba en las *encinas* de antaño y menos en las de hogaño.

Esta observación cambió mi vida por completo. Retirado en el desierto de Chihuahua busco, desde entonces, la didascalia que dé sentido hermenéutico a la "razón de mi sinrazón".

pues como dicen doctores graves
que tú Alfredo citas y nombras
que el hombre pasa sobre esta tierra
como las cabras pastando sombras.

Huyo de todo simposio vano;
ya ni el tequila mi mente alegra,
y con tu libro bajo del brazo
Didascas busco como alma en pena.

Aunque éste no sea tu homenaje póstumo, mi querido Alfredo, quiero

repetir aquellos otros versos de otro poeta de la tierra; versos que si para un muerto fueron buenos, son mejores para un vivo:

¡Qué amigo de su amigos!
[...]
¡Qué maestro de esforzados
y valientes!
¡Qué seso para discretos!
¡Qué gracia para donosos!
¡Qué razón!

Mejores, digo, amigo Alfredo, porque tú los haces verdaderos día a día. Arturo, el juglar del desierto

Arturo Pérez Pisonero

Doble recuerdo de Alfredo Hermenegildo

Yo sé, Alfredo, que hace muchos años, meses antes de irme de España, en aquellos años en que tantos —universitarios y no universitarios— nos íbamos o nos teníamos que ir de nuestro país, viniste al Instituto "Miguel de Cervantes", en Medinaceli 4, para hablar del trabajo que yo dejaba y que tú, al parecer, ibas a continuar. Lo que no supe hasta varios años después, es que también tú te ibas a ir poco más tarde. Ahora bien, todo eso lo sé, pero no lo recuerdo, pues no te recuerdo nunca solo, sino con Merche. Sí, al único que recuerdo muy vívidamente es a Alfredo/Merche. Primero en un apartamento de Montreal con vistas a un puente, después en tu casa —la otra— también de Montreal, y en la Universidad y en el garaje con fondo de cascada de hielo, y, luego, en muchos lugares a la vez, sin orden cronológico, de España, Francia, México, Estados Unidos, siempre al Alfredo/Merche, aunque en alguna ocasión no estuviera Merche, pues, sin Merche, seguías siendo Alfredo/Merche, y lo sigues siendo —y lo serás— siempre en mi recuerdo.

Otra cosa es, la verdad sea dicha, cada vez que leo —leía, leeré— las cosas que escribes y públicas, felizmente perdido, sin pérdida alguna, en tus misteriosos bosques didascálicos, a orillas de pavelianos arroyos umbríos, bien en animado diálogo con locos carnavalescos y demás "roles" paródicos mirantes y no mirantes, bien profundamente internado en los trágicos y crueles antros de Furias, Destruyciones y Numancias. Cuando te leo, tanto "a lo trágico"

como "a lo carnavalesco", con didascalias o sin didascalias, no veo a Merche, la cual, seguramente, no quiere bromas con ordenadores, computadoras, internet, correo electrónico y demás andamios y artilugios postmodernos.

De ese doble modo de recordarte —a lo vivo y a lo leído— yo, que soy tu amigo y tu lector, he sacado la siguiente doble conclusión, con la que no sé si estarás de acuerdo, y que, cambiando los nombres, me aplico también: escribir y publicar en régimen de francotirador y en solitario, como cualquiera otra anormalidad más o menos honrada, está bien para Hermenegildo —de Burgos— apellido que algunas veces he visto transcrito como Hermenegoldo —sin solar conocido. En cambio, más acá de letras y signos ortográficos y, ay, de "Stemmas", y más allá de "a mis tragedias voy" y "de mis carnavales vengo", vivir y existir en plenitud de nombre —ALFREDO/MERCHE— sólo ocurre a partir del milagroso y mágico instante en que uno (tú mismo) consigue eliminar del nombre verdadero la soledad del yo sin tú.

Francisco Ruiz Ramón

De cómo Alfredo Hermenegildo y yo nos hicimos amigos a base de dos cabreos

Siendo Alfredo de Burgos y yo de Ávila, viviendo los dos por estos mismos andurriales norteños, no teníamos más remedio que conectar uno con otro, pero no crean ustedes, la cosa no fue fácil ni ocurrió así, de pronto.

Yo andaba al principio en otras guerras y leía los artículos castizos y malhablados que un señor de Burgos publicaba de vez en cuando en aquellas revistas de los setenta montrealeses —casi a la salida de la revolución de mayo—, que conseguíamos mantener vivas doce o diecisiete números.

Por aquellos años vino también el libro de teatro renacentista, el de Planeta, cuyos últimos ejemplares se vendieron según las malas lenguas en las rebajas del Corte Inglés. He tenido la confirmación por mi suegra, que compró tres. Mi suegra siempre compra tres de todo, uno para cada hijo, y miren por dónde, que no es una mala costumbre del todo.

Luego, poco después, empezamos a hacernos amigos. Todo ocurrió en dos cabreos, de Alfredo conmigo naturalmente. El primero fue todavía anodino: estábamos en clases vecinas, y a mí me daba mucho en esa época por lo de Serrat de Machado, y venga a lavarles el oído a los estudiantes con Machado/Serrat, y a los estudiantes de Alfredo de paso. Total, que Alfredo vino con ese estilo tan suyo y me dijo que a los suyos ya se los había puesto él. Excuso decirles

que yo comprendí de inmediato la situación y llevé instintivamente el dedo al botón de *off*.

El segundo cabreo, el épico, el decisivo, nos llegó —o sea, le llegó— con la otra revolución, la tecnológica. Estábamos ambos con nuestro primer Macintosh y yo andaba un poco más avanzado porque no había tenido más remedio que aprender para terminar la tesis. La investigación infoasistida del teatro áureo todavía no estaba en el programa ni de uno ni de otro (¡se trataba de momento de aprender a escribir y poco más!), pero muchas afinidades habían ido creando entre nosotros una buena relación, aunque no era todavía amistad: nos faltaba todavía un cabreo.

En éstas, voy a trabajar un día a casa de Alfredo —algo que hemos repetido después con frecuencia y con placer, aunque sólo sea para pasar revista al mundo. Alfredo me deja pilotar su Mac para hacer unas comprobaciones en un texto que ha terminado hace poco. Clic al principio, mayúscula, clic al final, el texto completo se activa en negativo mientras Alfredo se pone pálido y me mira como si me quisiera asesinar.

—¿Así se activa un texto, eh? —me dice— ¡Ya podías haber hecho antes la demostración! ¿Sabes que me he pasado HORAS apretando el ratón con el dedo para activar el conjunto del texto con la técnica de recorrerlo todo?

Luego me confesó que había descubierto un truco avanzado: poner un diccionario gordo encima del ratón para que siguiera avanzando él solo. Entonces nos reímos y nos hicimos amigos.

Desde entonces ese ratón de Alfredo ha recorrido muchos kilómetros de buenos artículos y ediciones, ha aprendido a orientarse en universos de casillas y de fórmulas, a pasearse por el revés de los textos y a hacer cosquillas al carácter de los personajes. Es un ratón sabio el de Alfredo, desde aquella experiencia del diccionario, un ratón de ingenio y de farándula, un ratón áureo como ninguno.

Ricardo Serrano Deza